

EL MUERTO

Aún me queda una lágrima
dormida en mi esqueleto
Qué lastima de estrella
que se murió por dentro

Un pájaro ha caído
al fondo de mi sueño
Lo llamo y no responde
También él habrá muerto?

No sé. Tengo en la boca
la sensación de un vuelo
Será tu luz, Dios mío
la que me escarba el pecho?

Tu mano azul terrible
quien me estrujo los tuétanos?
Si eres tú no te vayas
Espérate un momento

Que yo sólo te pido
un cacho de pan tierno
aunque después me dejes
royéndome los huesos.

Manuel ALVAREZ LENCERO

(Del Libro «Hombre»).

L L A M A S S E D E C A P I T U L O S A Z - I C C I O N A

El rocío pone en la rosa la más fresca
y bella lágrima de la primavera.

Cuando uno tiene muchos amigos
muertos, él se ha muerto también un
poco.

Fumaba de «caldo» y le cambiaba el
papel al pitillo con la misma habilidad
con la que una experta enfermera le cam-
bia la sábana a un enfermo.

Las bodas del café y la leche tienen
efímera «luna de azúcar».

Hay a quien le late el corazón en el
bolsillo.

Aunque los caballos de hoy día están
muy comprimidos, la ciudad está con-
vertida en una inmensa cuadra.

A veces, tenía unos irresistibles impul-
sos de sinceridad, al mismo tiempo que
sentía el temor de estar volviéndose loco.

Por lo general, los árboles, cuanto
más elevan su copa, son más pobres
en frutos y sombra.

¡Hay que evitar la polución de la at-
mósfera! Es como al que le recomiendan
que se quite del tabaco y no es capaz de
dejar el vicio.

José CANAL